

Los anarquistas de hoy

Eulalio Ferrer

Como es sabido, la definición del anarquismo está contenida casi literalmente en el significado de esta palabra de origen griego: *sin gobierno*. Los primeros anarquistas se declararon enemigos de todo gobierno. La abolición del Estado era roca fundamental de sus principios. Su aspiración: la igualdad a partir de ser libres. Libres de todo poder superior, político, ideológico o religioso; libres de toda opresión o ley; la pareja libre por encima del matrimonio burgués; libres por la soberana libertad de ser libres. Para Sebastian Faure, autor de la *Enciclopedia Anarquista*, el anarquismo se resumiría en una sola palabra: libertad. De ahí que esta corriente ideológica se identificara con el nombre genérico de movimiento libertario. Seres humanos educados en la protesta y la rebeldía: la inconformidad como bandera.

Al amparo de esta inmensa utopía se cobijaron diversas tendencias y teorías. Punto de partida formal, si valiera el término, pudiera ser el planteamiento del

filósofo inglés William Godwin, en 1798, para quien todo gobierno, aun el mejor, es un *mal innecesario*, por su fuerza coactiva y nociva, propugnando una sociedad dominada por la ética de la razón. El pensador francés Pierre Joseph Proudhon posiblemente sea el primer hombre en llamarse anarquista. El autor de la famosa frase *la propiedad es un robo* glorificaría la pobreza en su *Filosofía de la miseria*, rebatida por Karl Marx en su *Miseria de la filosofía*. Las ideas de Proudhon alcanzaron influencia en la Primera Internacional hasta su disolución en 1872. Dentro de ella, el ruso Mijail Bakunin, conocido como agitador y conspirador, y por ello perseguido, defendió ardorosamente el ideal anarquista, convencido de que ningún hombre puede ser libre mientras dependa económicamente de otro, pero aceptando ciertas formas de organizaciones colectivistas. Bakunin, a quien se le atribuye la acuñación del concepto de comunismo libertario, influyó determinantemente



Jóvenes mineros, Mexborough, Yorkshire, 1935



"Las chicas de los arenques" en Great Yarmouth, Inglaterra, 1930



Obreros galeses, Pontypridd, 1937

en el rumbo orgánico del anarquismo, a través del movimiento sindical, origen del anarcosindicalismo, como medio de agrupar al proletariado y dirigirle hacia la revolución. Por su parte, otro ruso, el príncipe Piotr Kropotkin, partidario también de la desaparición del Estado, quiso dotar a la ideología anarquista de bases científicas mediante el desarrollo de pequeñas comunidades autárquicas, en las cuales todas las cosas serían de propiedad común y cada individuo trabajaría tan bien como pudiese para recibir tanto como necesitara. El sabio francés Eliseo Reclus —tan admirado por Julio Verne— sería una especie de apóstol de la naturaleza, desde el horizonte de la plena libertad del ser humano.

El ideal anarquista se propagó en algunos países de Europa a fines del siglo XIX y principios del XX. Arraigó en España, con organización propia, extendida en el espacio sindical en la poderosa Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Ideólogo principal del anarquismo español fue Anselmo Lorenzo, tipógrafo como el líder socialista Pablo Iglesias, su polémico adversario. Cabe

señalar que, inspirado en la consigna libertaria del italiano Enrico Malatesta *la propaganda es acción*, el anarquismo español consideró la violencia como un arma legítima contra la tiranía, y el asalto bancario como una necesidad justificada para la expropiación burguesa en beneficio de los órganos ácratas. Bajo estas banderas se asaltaron bancos y empresas, con cuyos productos se financió completamente el periódico *Solidaridad Obrera*, el cual, al convertirse en diario, alcanzaría una tirada próxima a los cien mil ejemplares. Con el dinero obtenido se mantenían los grupos de acción. Éstos asesinaron, en los primeros años del siglo XX, al jefe de gobierno Eduardo Dato y al cardenal Soldevilla. Cerca estuvieron de acabar con la vida del rey Alfonso XIII en la fecha de su matrimonio y luego, durante otro intento frustrado en París. A esta etapa corresponde la gira emprendida por el “trío de los solidarios”, encabezado por el famoso Durruti, por algunos países de América como Cuba, México, Chile, entre otros. El paso por Argentina fue el más productivo, pues esta nación contaba con una Federación Obrera fuertemente desarrollada. El historiador ácrata Max Nettlau ha dejado constancia de que el centro editorial de Argentina podría equipararse al de Barcelona. El historiador Enrique Krauze, por su parte, ha recordado que en México la Casa del Obrero Mundial fue fundada por el anarcosindicalista español Francisco Magón, más cerca del anarquismo que de ninguna otra tendencia, con su periódico *Regeneración*.

Obviamente, el anarquismo, sin perder su rebeldía, no fue únicamente violencia y robo. Sectores diversos lo entendieron, sobre todo, como un movimiento romántico para la perfección solidaria del ser humano, el amor libre y el naturismo ferviente en sus varias formas. Quizá por eso, desde su apoliticismo y antidogmatismo, también por simpatía en muchos casos, se ha considerado anarquistas a figuras relevantes como Rousseau, Victor Hugo, Émile Zola, Panait Istrati, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Ramón del Valle-Inclán, Pío Baroja, Henry Millar, Ernesto Sábato... Hijo de padre anarquista, Jorge Luis Borges también compartió esta inclinación durante algún tiempo. Al respecto, es poco conocida, inédita para muchos, una página de la vida de Federico García Lorca, dado su espíritu abierto de poeta liberal, sin

...el anarquismo se resumiría en una sola palabra: libertad. De ahí que esta corriente ideológica se identificara con el nombre genérico de movimiento libertario. Seres humanos educados en la protesta y la rebeldía: la inconformidad como bandera.

adscripción política alguna. El 6 de octubre de 1935, Federico fue nombrado miembro de honor del Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona, de marcado acento ácrata. García Lorca ofrecería un recital de su obra poética, precedido de unas palabras que elogiaban la idea de *una comunicación de amor con otros en una maravillosa cadena de solidaridad espiritual*. En primera fila escuchaba a Federico la gran actriz y querida amiga suya Margarita Xirgu, muy admirada por los anarquistas catalanes.

El anarquismo con sus contradicciones utópicas ha sido objeto de algunas celebradas ironías en el género literario. Recuérdese la novela de Chesterton *El hombre que fue Jueves*, con un grupo de conspiradores anarquistas, cuyos dirigentes se identifican en clave con los nombres de los días de la semana, de lunes a domingo, en una jocosa trama de situaciones paradójicas, con un personaje que llega al Consejo Anarquista Central precisamente con el nombre de Jueves. De Fernando Pessoa es el cuento “Un banquero anarquista”; se trata de otro grupo de anarquistas que se reúne habitualmente para proclamar su derecho en la vida a hacer lo que a cada uno le dé la gana. Del grupo es excluido, por supuestas tendencias burguesas, uno de los componentes. Pasado algún tiempo, el hombre rechazado, convertido en dueño de un banco, se encuentra con varios de sus antiguos compañeros, conocedores de su nueva y próspera situación económica, a los cuales invita a comer y en los postres proclama que ahora sí es un verdadero anarquista, porque *puede hacer lo que le dé la gana*.

¿Ha desaparecido el anarquismo? Como militancia orgánica ya no existe, ciertamente. Como herencia indi-

vidual y colectiva, el anarquismo no ha dejado de gravitar en nuestro tiempo, adaptado a sus modalidades. ¿No es análogo a sus predicados el imperio del amor libre, esto es, la libre pareja? Si reparamos en el movimiento de los ecologistas con sus epígonos antiglobalistas y altermundistas, advertimos que en estos grupos crecientes ha encontrado un nicho diverso aquel espíritu ácrata empeñado en defender y preservar los valores más puros de la naturaleza y la innata rebeldía de numerosos seres humanos. Refugio, a la vez, de toda clase de disidentes, tras el naufragio de las ideologías, precipitado por el derrumbamiento del comunismo soviético. Si recordamos las protestas y manifestaciones estudiantiles desencadenadas a partir de las jornadas parisienses de 1968, hallaremos igualmente, en sus consignas y actitudes, una serie de rechazos a la autoridad y al Estado mismo de indudable trasfondo anarquista. De nuevo han surgido, también, nombres proclives a quienes se asocia cierta influencia anarquista en sus encuadres más genéricos. Enrique Krauze ha tratado de situar en ellos la personalidad y comportamiento de Gabriel Zaid, una de las inteligencias más lúcidas del México actual. Y muy recientemente hemos leído la confesión abierta de comunista libertario de José Saramago, con la escolta tutelar de su Premio Nobel. Sea en sus connotaciones o en la profesión antidogmática de la libertad a pleno pulmón, las luces generosas del ideal anarquista no han desaparecido por completo. Viven en la conciencia de nuestro tiempo, tanto como antídoto del mercantilismo y de la injusticia social, como de las frustraciones que lo dominan. ▮



Empleados de la compañía británica de ferrocarriles Great Western, Reading, 1934